

Esteparios

Oscar Alonso Álvarez

IANO

*Andaba en dos pies, llevaba vestidos y era un
hombre, pero en el fondo era, en verdad, un lobo
estepario.*

Hermann Hesse, *El lobo estepario*

*Podría ser preciosa una bala si fuese un trozo
desprendido de otro planeta.*

Sergio Arrieta, *No te llamaré soledad*

I

Destellos fugaces, a intervalos, se reflejan en la ventanilla como un goteo vertiginoso acunados por el ritmo monocorde del tren. La oscuridad del túnel es un sueño que se une a la oscuridad del paisaje exterior. Tan hermoso como irreal. La ventanilla se convierte en un espejo momentáneo para espiar al resto de los viajeros: caras anónimas, gestos de aburrimiento, vidas ajenas. Pienso en Alicia atravesando su espejo mágico para viajar al otro lado, rompiendo la línea de las simetrías. Pienso en las otras líneas a las que estamos abocados cada día. Y pienso que hay una línea que cruza delante de tus pies, a veces rocosa y nítida como una decepción adolescente; otras veces, liviana, sutil, camuflada entre las sábanas blancas de lo cotidiano, esperando al acecho. Siempre hay una línea que cruza delante de tus pies, una puerta que se abre, otra que se cierra a tus espaldas. El mundo termina siendo una línea. Los buenos, los malos, los otros... Nadie te empuja, nadie te detiene y estás solo frente a las nieblas. Odio las nieblas como odio las despedidas; siempre tienen un ingrediente de perversidad al igual que las películas que anticipan segundas partes.

A Lortecia tampoco le gustaban las despedidas.

Era una alemana pelirroja de altura inalcanzable y pubis luminiscente que creía en la igualdad de las razas, el medio ambiente, el sexo comprometido y el reciclaje de la basura. Una buena chica. Trabajaba como ejecutiva de una multinacional germana con sede en Martinica. Sobre la cama, como un aspa dispuesta para el martirologio, extendía los brazos y las piernas, sonreía expectante y luego me devoraba sin freno. Lortecia, mi mantis insaciable, mi viuda negra recorriendo los bordes del somier, excitada, desnuda, hambrienta de cariño, mi pelirroja peligrosa...

Follaba con desesperación. Eso era lo que más me gustaba de ella porque siempre corría el riesgo de no sobrevivir a su encuentro. Hacer el amor con ella suponía una decathlon de resultados inciertos. Fuera de los límites de las sábanas, sin embargo, Lortecia se transformaba. Pertenece a esa clase de chicas ecológicas a las que les gusta consumir infusiones exóticas en garitos con velas y música oriental, asidua a las librerías de literatura paralímpica, y aficionada a los aforismos. Había uno francés que repetía continuamente, como si al pronunciarlo conjurara algún oculto mal que debía desterrar. Según este dicho, hay tres maneras de matar a un hombre: no darle trabajo; darle trabajo y no pagarle lo suficiente y darle trabajo y pagarle para que no lo realice. Esta última es la más mortífera.

Yo, por el contrario, prefería el ambiente entero, el sexo salvaje y la cerveza de barril. De vez en cuando leía novelas de Simenon. Me acostaba con ella cuando mis asuntos me llevaban por Berlín. Siempre eran breves paradas técnicas en ruta hacia otro lugar o regresando de algún encargo. Nunca me quedaba lo

suficiente como para que ella pudiera tomarme un cariño más allá del roce esporádico de la piel. Tampoco le conté las otras formas que hay de matar a un hombre, las que yo había aprendido con los años; las de verdad, menos ecológicas, menos comprometidas con la sociedad, pero notablemente más eficaces.

Mi mantis me abandonó hace años por un marchante de arte llamado Harry que se paseaba por el dormitorio usando medias de seda y liguero. Estoy seguro de que ganó con el cambio. Mis piernas son demasiado largas y fueron hechas para correr, además conservo de otros tiempos una cicatriz muy fea que me recorre el muslo derecho, recuerdo de una chapuza en Camboya.

Nunca he vuelto a saber nada más de mi hermana ecológica.

No sé por qué, cuando el tren emergió del túnel a punto de entrar en la última parada del trayecto, me acordé de Lortecia. Quizás porque me obsesiono con facilidad, quizás porque se necesita una buena dosis de memoria cuando se ha mentido demasiado.

El trabajo no comenzó bien. En el momento en que el tren tomó vía en su andén, era noche cerrada. Los viajeros suspiraron aliviados al escuchar el chirrido de los frenos, acusaron las embestidas de los vagones precedentes, el inestable suelo bajo los pies, como la venganza final del maquinista antes de que se detuviera definitivamente. De inmediato todos abandonaron los compartimentos con esa urgencia preventiva a no quedarse quietos, a no formar grupos, a la dispersión en busca de refugio, como si desembarcan en una hostil y lejana playa del Pacífico. La enlatada voz femenina de la megafonía, seguía insistiendo de forma

apremiante que se trataba del tren procedente de Madrid-Chamartín. El de las 19:40 horas. Miré mi reloj: eran las nueve menos veinte. Casi al instante me llevé la mano al costado, en un acto reflejo, como solía hacer siempre al llegar a un destino nuevo para cerciorarme de que allí, al calor de la piel, debía de estar mi fiel beretta. Noté su ausencia. Fue una sensación extraña y momentánea, un hueco vacío entre las costillas y el brazo, como una escalera sin peldaño, una espita de gas abierta. Me desvié hacia la consigna, busqué una caja libre. Me hice con la número 42, abrí el camarín, introduje una moneda y deposité mi bolsa de trabajo.

Regresaba a mi ciudad. Volvía por Navidad, como dice ese empalagoso anuncio publicitario de turroneos donde todos se abrazan y lloran de felicidad. Ya estaba en casa. Venía a este húmedo rincón del norte para reunirme con mis viejos a quienes no veía desde hacía años y, de paso, para matar a un hombre cuyo aspecto ignoraba.

El contacto en Toulouse no me facilitó una fotografía del objetivo.

—No te hará falta —dijo sonriendo entre dientes mientras prendía un cigarrillo.

—¿Acaso es el Papa?

—No, pero pronto estará con los ángeles.

Me había citado en un cafetín de estilo modernista repleto de estudiantes y parejitas. Destacábamos como un dúo de leones en medio de una manada de cebras. El muy huevón evitó añadir ciertos detalles sobre el encargo. Se acercó un camarero. Yo pedí un refresco de naranja. Él, un combinado de ginebra, como en las películas de espías. Permanecemos en

silencio hasta que el camarero se alejó con la bandeja bajo el brazo.

—Es temprano para mí —le dije dando un gran sorbo a mi refresco.

Tenía la boca seca. Casi siempre tengo la boca seca, debe de ser una marca de la casa.

Mi contacto no dejaba de mirar a una pareja de chicas sentada un par de mesas más allá mientras me hablaba. Es algo que siempre me ha molestado muchísimo. Ya no hay educación entre los jóvenes. No cuidan los detalles. Existe una comunicación no verbal, visible, evidente, tan importante como la anterior, y que puede dar al traste con una relación simplemente porque el emisor no presta atención al receptor. Los primates la conocen muy bien.

Evité ponerme de mal humor y recité mis tarifas, como hacía siempre al iniciar el trabajo.

—Sesenta mil antes de mi llegada a Madrid. Billetes usados, de cincuenta y cien.

—Conforme.

Le tendí un papel:

—El resto a este número de cuenta del *BNP*.

Carraspeó contrariado. No le gustaba la cifra o tenía órdenes de regatear mis honorarios. Matar a un hombre ya no es lo que era antes. Nunca he sido un mercader de bazar. No hago rebajas ni ofertas de verano. Quizás, el chaval se estaba haciendo el gallito ante mí. Otro chico aplicado que quiere ascender rápido. Rondaría los veinticinco años. Vestía un traje caro con una corbata de colores chillones al estilo de los corredores de bolsa. Se había disfrazado para mí como si fuese a pedir un crédito en el banco. Estaba muy gracioso en su papel de cretino. Destilaba colonia cara.

Por un momento le envidié. Era el tipo de jóvenes que lo tienen todo para triunfar y no lo ven. Con gusto le hubiese vaciado en la cabeza el cargador de mi beretta, pero para su fortuna no la llevaba a mano. Cuando viajo solo, voy desarmado. Me hace sentir una persona decente.

—Un poco caro ¿no le parece? —dijo por fin.

—Chao —di por terminada la conversación. Me fui a levantar pero detuvo el movimiento tomándome del brazo.

—No hay que ponerse nerviosos —sonrió adulator. Su mano estaba fría—. Estoy autorizado.

Le dije que odiaba las sorpresas y que hay trabajos que siempre rechazo.

—Nunca presidentes —aclaré. Nunca otro estepario, añadí mentalmente, pensando en alguien como yo.

—¿Escrúpulos?

—En absoluto. Prefiero ver cómo se meten ellos solitos en prisión. Es más divertido. Además, los escrúpulos me gustan más a la parrilla.

—Ah, —estiró los labios dejando en el aire una interjección de chico listo—. Es usted un purista.

—Celo profesional. Odio el intrusismo.

Aquella conversación comenzaba a cargarme. Yo quería una fotografía para ir sobre seguro. Él lo entendió pero insistió en que no la necesitaba. Tenía órdenes tajantes de sus superiores. Nada de fotos, nada de papeles. Un nombre y una dirección.

—Ya no volveremos a vernos —suspiró fingiendo pesar. Yo me alegré—. Cuando llegue a su destino le atenderá otro contacto —me pasó un número de teléfono.

No me gustaba. El asunto empezaba a chapucearse solo.

—Demasiada gente metida en esta vaina —dije. Demasiadas puñeterías, pensé. En ese momento, las pibitas de la mesa de al lado se levantaron, sonrieron visiblemente en nuestra dirección y se demoraron riendo y cuchicheando mientras avanzaban hacia la salida.

—No se preocupe. Todo estará dispuesto a su llegada, señor...

—Para ti, señor-a-secas. Por cierto... —vacíe de un trago mi vaso de refresco, luego miré el reloj—: ...nunca vuelvas a tocarme.

Deseaba abandonar de una maldita vez aquel horrible café de Toulouse donde me había citado.

Me despedí:

—Además ya es la hora —dije.

—¿De qué?

—De que te vayas a la mierda.